

Reutilización de una fábrica en el Barrio de Santa Ana de la antigua Ciudad de México

Aunque en Europa surgió desde el siglo XVIII, en México la industrialización se desarrolló tardíamente durante el XIX y tuvo gran auge durante el Porfiriato, cuando se construyeron edificios de carácter fabril en muchas ciudades de la República. En la antigua Ciudad de México, la industria se estableció en las zonas de los alrededores, como San Ángel, Tacubaya y Tlalpan, porque se buscaba que las fábricas estuvieran cerca de los ríos para aprovechar la energía hidráulica.

Este tipo de industrias era generalmente de grandes dimensiones, con diferentes instalaciones de acuerdo con su ramo. Contaba con talleres, bodegas, oficinas, casas para los trabajadores y, en ocasiones, tiendas de raya, una capilla y otros espacios. Algunas haciendas incluían en su programa arquitectónico instalaciones fabriles, por ejemplo, las destilerías pulqueras. Otras, sin embargo, se convirtieron en fábricas o incorporaron a sus actividades funciones fabriles, por lo que tuvieron que adaptar sus instalaciones al nuevo uso. En algunos casos se les fueron añadiendo nuevos cuerpos, como el Molino de Belén en Tacubaya y la Hacienda de Peña Pobre en Tlalpan. Por otra parte, ciertas fábricas nacieron con el esquema de las haciendas, como la Magdalena en Contreras.¹

¹ Ramón Vargas Salguero (coord.), "Afirmación del nacionalismo y la modernidad", en *Historia de la arquitectura y urbanismo mexicanos* (Carlos Chanfón Olmos, coord.), vol. III, t. II, México, FCE, Facultad de Arquitectura, División de Estudios de Posgrado, UNAM, 1998, p. 500.



Antigua fábrica de la Magdalena. Fotografía: Ethel Herrera, febrero de 2005.



Plaza Loreto. Fotografía: Eithel Herrera, febrero de 2005.

76 |

Entre las fábricas de papel destacaban la de Peña Pobre, Belén y Santa Teresa, en San Ángel. En el ramo textil, las de Magdalena y Loreto (que más tarde se convirtió en fábrica de papel), así como La Hormiga en San Ángel, y la de La Fama en Tlalpan, sólo por mencionar algunas. Varias de ellas han permanecido hasta nuestros días aunque con distintos fines, como es el caso de Loreto, donde parte de sus instalaciones albergan una plaza comercial. También se conservan las casas de los trabajadores, cuyo uso sigue siendo el mismo, aunque la mayoría ha cambiado de propietarios.

En la antigua Ciudad de México la importancia económica que habían tenido los artesanos se conservó junto con el desarrollo de la industria y la manufactura. Dentro del casco urbano existía una gran variedad de talleres donde se elaboraban trabajos de metal, equipos de transporte, cantería, ladrilleras y yesería para la construcción.² Hacia la mitad del siglo XIX las fábricas, en

su mayoría productoras de hilaza y manta, cuyo motor principal era la fuerza humana, se hallaban distribuidas en diversos puntos de la ciudad.³

El verdadero auge de las instalaciones industriales surgió en la época porfirista, cuando se establecieron las bases tanto económicas como institucionales para invertir en este ramo con capital nacional y extranjero. La mayoría de las inversiones provino, precisamente, de extranjeros que residían en México, quienes aprovecharon las nuevas condiciones legales para concentrar capitales mediante el régimen de sociedades anónimas, gracias a la Ley de Comercio de 1886.⁴

Con la construcción de redes ferroviarias, la creación de un sistema de banca comercial, la instalación de la energía eléctrica y los accesos a mercados aumentó la edificación de nuevas fábricas dentro de las ciudades, en particular en la de México, que fue favorecida en varios aspectos: fue la primera que contó con electricidad, tenía una buena infraestructura y estaba urbanizada. Las fábricas se establecieron preferentemente en sus límites, donde la tierra era más barata; además, los empresarios pudieron utilizar la urbanización existente⁵ sin tener que ofrecer viviendas en el interior de las instalaciones, ya que los obreros se convirtieron en habitantes de las vecindades cercanas.

Este tipo de fábricas tenía un programa arquitectónico que respondía a necesidades especiales. Los espacios se diseñaban tratando de optimizar el proceso de transformación de las materias primas; el partido debía seguir el proceso productivo, un local seguía a otro sin interrupción y no había lugar para recovecos ni para cuartos de mayor

² Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti, *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, México, DDF/Instituto Mora, 1988, p. 90.

³ Gustavo Garza (coord.), *Atlas de la ciudad de México*, México, DDF, 1987, p. 87.

⁴ Hira de Gortari y Regina Hernández Franyuti, *op. cit.*, p. 88.

⁵ *Ibidem*, pp. 88-90.

amplitud. Se necesitaban espacios abiertos, limpios, ventilados e iluminados.⁶

El partido arquitectónico debía seguir y siguió el espíritu productivo: cada área correspondía a una parte del proceso. El resultado formal fue una obra que se apegaba a su programa, en donde los espacios resultantes correspondían a la idea de conjunto y en donde la estructura y construcción resolvían con gran acierto los requerimientos planteados. Los claros en las cubiertas, con estructuras y apoyos esbeltos; los techos inclinados y en diente de sierra de lámina de zinc y sus aberturas para lograr iluminación y ventilación natural, y materiales incombustibles en muros y pisos, seguían fielmente al programa. La arquitectura industrial acorde con el programa general del progreso había generado una concepción utilitaria en la concepción-concreción del espacio industrial. Era la arquitectura, imbuida en la racionalidad de la producción mercantil [...] No había más, la industria no necesitaba del ornamento que dictaba el estilo de moda; requería, por el contrario, de espacios no segmentados, fluidos continuos y amplios; de espacios enteramente utilitarios. Estas exigencias eran puntos de su programa arquitectónico general.⁷

A fines del siglo XIX y principios del XX, varias fábricas se encontraban ya dentro de la ciudad. Sólo por mencionar algunas: hacia el poniente estaban la fábrica de tabaco El Buen Tono (1896-1904), la Compañía Cigarrera Mexicana y, en San Cosme, la Cervecería Central (1899); al sur se establecía la Fábrica Textil Mexicana y anexas, creada por Íñigo Noriega en 1876, en San Antonio Abad 2.⁸ Al oriente, por San Lázaro, se encontraba la Clemente Jacques⁹ y hacia el norte, en el barrio de Santa Ana, por la Lagunilla, se construyeron otras. Una

de ellas, motivo de nuestro estudio, está ubicada en el número 73 de la calle de Francisco González Bocanegra, y otras dos se encuentran una en la esquina surponiente de las calles de Comon-



La Compañía Cigarrera Mexicana, localizada en la Plaza de San Juan, junto al templo El Buen Tono. Fotografías: Ethel Herrera, febrero de 2005.

⁶ Ramón Vargas Salguero, *op. cit.*, pp. 500-501.

⁷ *Ibidem*, pp. 501-502.

⁸ *Ibidem*, p. 503.

⁹ Hira de Gortari y Regina Hernández Franyutti, *op. cit.*, p. 90.



Antigua casa, probablemente del administrador. Fotografía: Ethel Herrera, junio de 2004.



Antigua fábrica de Claudio Pellandini. Fotografía: Ethel Herrera, junio de 2004.

fort y Jaime Nunó, y la otra en Comonfort números 48-58 esquina Jaime Nunó.

En la primera década del siglo xx la actividad industrial decreció y se cerraron algunas fábricas, como las tabacaleras. La Revolución no alteró el carácter de la industria destinada a la elaboración de bienes de consumo; la textil siguió ocupando un lugar destacado, sin que existiera una renovación de la planta porque los bienes y la maquinaria adquiridos a fines del siglo xix siguieron funcionando. Sólo se fundaron algunas industrias nuevas que siguen activas, como la dulcería Larín, la cervecería Modelo y la fábrica de loza El Ánfora y no hubo grandes cambios hasta la segunda mitad del siglo xx.¹⁰

Con respecto a las fábricas que se encontraban en el norte de la ciudad, por el barrio de Santa Ana, la que se localizaba en la esquina surponiente de Comonfort y Jaime Nunó fue demolida en 2001 para construir, en su lugar, un conjunto habitacional perteneciente a la compañía Geo. Como único testimonio queda una casa que probablemente perteneció al administrador.

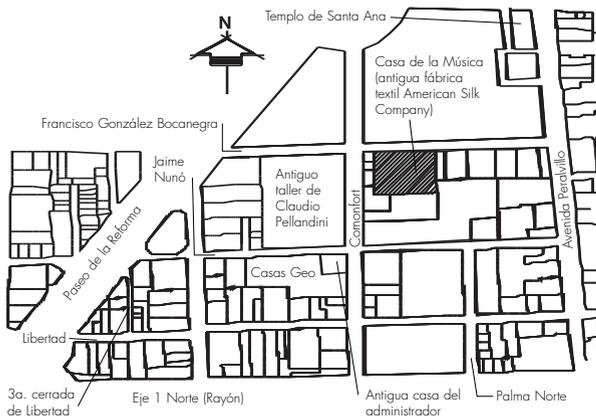
El conjunto de Comonfort 48-58 esquina Jaime Nunó era la fábrica de vitrales y emploma-

dos de Claudio Pellandini, quien llegó a México en 1860. Su trabajo estaba estrechamente relacionado con el vidrio y la decoración. Al principio importaba cristales franceses, espejos venecianos y florentinos, papel tapiz, esculturas y acuarelas; más tarde, en su taller se plateaban lunas, se biselaba y se tallaba madera. Llegó a fabricar muebles finos y fue famoso por hacer los mejores emplomados que se colocaron en varios templos, en el Castillo de Chapultepec, en el Palacio Nacional, en el Palacio de Gobierno de Guanajuato y en el Casino de Mérida, por mencionar algunos. Entre 1898 y 1899 la fábrica Pellandini tenía una superficie de 12 000 m² y contaba con una sucursal en Guadalajara, aunque seguía alternando su producción con objetos traídos de Europa.¹¹

La fábrica ubicada en Francisco González Bocanegra 73, objeto de estudio de este artículo, se encuentra a dos cuadras del templo de Santa Ana, muy cerca de la unidad Santiago Tlatelolco. Cabe señalar que desde 1980 se decretó la Zona de Monumentos Históricos del Centro Histórico de la Ciudad de México y la fábrica quedó fuera del área, a dos cuadras del perímetro "B".

¹⁰ *Ibidem*, pp. 95-96.

¹¹ Israel Katzman, *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, UNAM, 1973, p. 263.



Plano de localización.

Este complejo industrial era, en 1870, una fundidora de metal llamada “Talleres del Coro”, donde se producían ruedas y armazones para carretas y calezas.¹³ A partir de 1929 se convirtió en la fábrica de hilados y tejidos “*Mexican Silk Mills and Co.*” fundada con capital suizo. En la segunda mitad del siglo xx estaba en quiebra, por lo que pasó a manos de los trabajadores como parte de su liquidación, pero éstos no pudieron sostenerla por mucho tiempo. En 1987 cerró definitivamente y parte de la maquinaria fue vendida a un precio menor a su valor real.

Más tarde el inmueble pasó a propiedad del Departamento del Distrito Federal, a quien sigue perteneciendo. En 1988, Enrique Jackson, entonces titular de la Delegación Cuauhtémoc, solicitó el apoyo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y su departamento de Salvamento Arqueológico intervino la antigua fábrica de abril de 1988 a junio de 1990. Gracias a la excavación realizada se pudo investigar, como en pocas ocasiones, un asentamiento urbano prehispáni-

¹² Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco artístico y monumental*, ed. facsimilar, t. II, México, Editorial del Valle de México, 1972, p. 74.



Litografía del Templo de Santa Ana, siglo XIX.¹²



Templo de Santa Ana. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.

co de carácter doméstico, localizado sobre los cimientos de la construcción fabril. Se trabajó en colaboración con otras instancias del INAH, con el Instituto Nacional de Bellas Artes y con la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco. Esta excavación proporcionó la mayoría de los datos mencionados anteriormente.¹⁴ En 1990, el Departamento del Distrito Federal inauguró allí un Museo de Sitio, que ocupa un espacio de 186 m². El arquitecto Antonio Latapí realizó la museografía e hizo algunos arreglos al conjunto.

¹³ No hay más datos sobre ella.

¹⁴ Informe de las excavaciones realizadas en el inmueble, presentado por los arqueólogos Margarita Carballal Staedtler, María Flores Hernández, María de Jesús Sánchez Vázquez y Jesús Cristóbal Valdés Hernández. Se encuentra en el archivo de la Casa de la Música Mexicana.

Señalemos, como un paréntesis para entender la importancia de este museo, que antes de la llegada de los españoles en este lugar se encontraba Atenantitech, uno de los 19 barrios de Tlatelolco, fundado en 1337 d.C. por un grupo de mexicas que se separaron de Tenochtitlan. Atenantitech significa “en la orilla de la muralla”, porque ahí se encontraba la calle amurallada que la protegía de la lagunilla.¹⁵ Éste era el paso obligado entre ambas ciudades y en él vivía gente noble. Fue uno de los sitios en donde Cuauhtémoc organizó la defensa de la capital mexicana contra los españoles.¹⁶ José María Marroquí supone que en ese barrio se hizo prisionero a Cuauhtémoc y se consolidó el triunfo definitivo de los españoles.¹⁷ Después de la conquista, la zona quedó fuera de la traza de la Ciudad de México, en uno de los barrios de indígenas, atendido en aquel entonces por la ermita de Santa Ana, por lo que en los primeros años de la época virreinal se le conoció como Santa Ana Atenantitech. En planos del siglo XVI al XVIII se observa cómo el barrio fue creciendo; hacia 1772 había adquirido mayor importancia porque el templo de Santa Ana se convirtió en parroquia¹⁸ y, en la segunda mitad del siglo XIX, ya se encontraba dentro de la ciudad.¹⁹ Para entonces se habían edificado algunas construccio-

nes fabriles, en donde vivía gran parte de sus trabajadores.

En 1991 el Departamento del Distrito Federal puso en marcha el proyecto Casa y Escuela de la Música Mexicana, con personalidad jurídica como sociedad civil y patrocinada por el propio Departamento. Se trata de una institución educativa de carácter social cuyo objetivo es capacitar a los interesados en practicar, promover y difundir la música popular mexicana en los ramos del canto y de la música instrumental. Las principales dependencias son la Escuela de la Música Mexicana, el Museo de Sitio y de la Música Popular Mexicana y la fonobiblioteca, especializada en música popular.

Este inmueble ocupa actualmente una superficie de 5 500 m² aproximadamente y tiene 4 482 m² de construcción. Su partido arquitectónico responde perfectamente a las necesidades de la arquitectura industrial de aquella época, con espacios abiertos, continuos, limpios, ventilados, iluminados y sin ornamentación. Las cubiertas cubren amplios claros y son estructuras metálicas con apoyos esbeltos, techos inclinados y en diente de sierra de lámina de zinc.²⁰

En su planta destacan dos construcciones en forma de “L”, una hacia el norte y oriente y la otra hacia el sur y poniente, separadas por un patio que tiene esta misma forma. La primera consta de dos naves; la norte está compuesta por doce entre ejes de largo y la oriente por diez; ambas tienen dos entre ejes de ancho. Eran áreas de trabajo donde se procesaban los textiles.

En la planta baja de la nave norte se encuentra el acceso principal, que comunica con un vestíbulo. Hacia el lado poniente está el Museo de Sitio; hacia el oriente, las oficinas administrativas y, hacia el sur, el patio.

²⁰ Véanse notas 6 y 7.

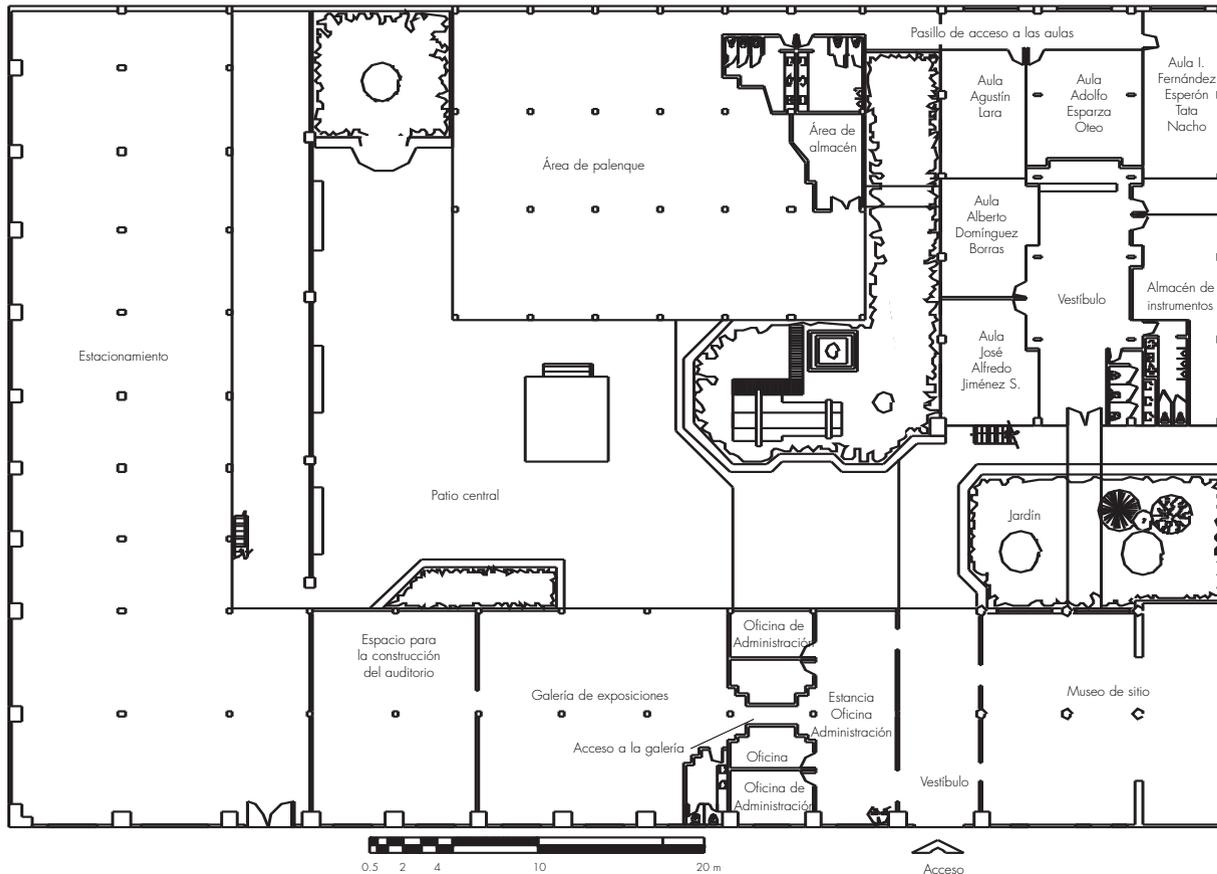
¹⁵ Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII*, México, IIE-UNAM, 1938, p. 136.

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ José María Marroquí, *La ciudad de México*, ed. facsimilar, t. I, México, Jesús Medina (ed.), 1969, pp. 330-339. Señala que la palabra Atenantitech significa “en el muro de las aguas” (de *atl*, agua; *tenamitl*, muro y *tech*, en, sobre) y que, por algunos títulos de propiedad de casas situadas junto al templo, en el siglo XVII se conoció como barrio de Santa Ana Totoc.

¹⁸ Ethel Herrera Moreno, “Plano complementario 5”, en *Evolución gráfica del Distrito Federal*, CD-ROM, México, GDF, 2000.

¹⁹ Los planos donde se aprecia la evolución del barrio se consultaron en Ethel Herrera Moreno y Concepción de Ita Martínez, *500 planos de la Ciudad de México*, México, SAHOP, 1982, planos 76 y 77 (pp. 54-55); plano 97 (p. 70); plano 121 (p. 90) y plano 309 (p. 230).



Planta baja de la Casa de la Música Mexicana. Plano realizado por Luis Alberto Zepeda en 1999, con base en el plano proporcionado por la Dirección de la Casa de la Música.

En el Museo se expone una parte de los edificios de carácter habitacional de alto rango de la época prehispánica, dos vitrinas con la osamenta de un individuo, 30 piezas de la misma época y muebles con instrumentos, partituras musicales y trajes tradicionales. También forma parte de la muestra una de las máquinas de producción textil de la antigua fábrica y adornan la parte superior de las vitrinas varias láminas que se utilizaban en los diversos estampados de sedas.

En las oficinas administrativas hay una escalera de caracol de hierro artístico con escalones grabados, como las que se usaron en la época porfiriana. También se conserva la antigua caja fuerte



Cuerpo principal. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.



Museo de sitio.



Vitrina con láminas que se utilizaban en los diversos estampados de sedas. Fotografía: Ethel Herrera, junio de 1999.

sin puerta con el nombre de la fábrica: *Mexican Silk Mills and Co.*

El acceso para coches se encuentra en la planta baja de la nave oriente, habilitada como estacionamiento. La planta alta de ambas naves es abierta y no tiene uso. En el lado norte se reforzó el piso con concreto armado; en el lado oriente, en cambio, sólo hay un entablado en malas condiciones. Los muros son de tepetate y tabique, techados a dos aguas con lámina de zinc sobre armadura de madera y columnas metálicas.

En el lado surponiente hay dos construcciones cuyas plantas altas se comunican por un puente, por lo que en esquema forman una "L". Una conforma el cuerpo principal de la fábrica y se entra a ella desde la parte posterior del patio, dado que el acceso principal anterior (al sur) da ahora a un predio utilizado como taller que ya no forma parte del terreno y cuya fachada se encuentra tapiada, con lo cual se comprueba que las instalaciones ocupaban un área mayor. En lo que era el cuerpo principal seguramente se encontraban las oficinas y otra área de producción. En la planta baja se localiza la cafetería, los servicios y las aulas de la escuela y, en la planta alta, la Dirección con sus servicios y la fonobiblioteca. Está cerrada por muros de tepetate y tabique con ventanas, y techada



Escalera. Fotografía: Ethel Herrera, junio de 1999.

a dos aguas con lámina de zinc sobre armadura y columnas metálicas. Aquí se exhibe otra de las antiguas máquinas textiles. Ninguna de las dos máquinas —la del Museo y la de la planta alta descrita— tiene el nombre de su fabricación. Ambas tienen piezas con número de serie; al parecer, la del Museo es la más antigua.

La otra construcción, hacia el sur, es la menos antigua. La planta baja es abierta y se utiliza para actividades especiales. La planta alta tiene una parte abierta y otra cerrada, donde se encuentran otras aulas de la escuela. Su entepiso tiene vigueta y bovedilla y el techo es de dos aguas con lámina de zinc sobre armadura y columnas me-



Detalle de la caja fuerte con el nombre de la fábrica. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.



Cadera y chacuaco. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.



Interior planta alta, nave norte. Se observa la estructura con armadura de madera, columnas metálicas y techo a dos aguas de lámina de zinc. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.

tálicas. Probablemente esta parte fue una ampliación para la zona de trabajo.

En el patio destacan la antigua caldera, el chacuaco metálico y el elevador, que se halla junto a la escalera del cuerpo principal de la fábrica. La caldera data de 1933; fue fabricada por *Babcock & Wilcox*.

Con respecto a las fachadas del conjunto, la que da hacia la calle de González Bocanegra está compuesta por dos cuerpos divididos por una cornisa. El primero, con rodapié de recinto, tiene dos entradas; la principal comunica con el vestíbulo, la otra con el estacionamiento. El paramento de la fachada está aplanado, pintado y tiene ventanas y óculos con enmarcamientos resaltados. Remata con una cornisa dentellada de tabique y un pretil.

La fachada del cuerpo principal de la fábrica —que como ya se mencionó está tapiada y da a otro predio— es simétrica y está compuesta por dos cuerpos divididos por una cornisa; el remate al centro tiene un óculo sobre la cremallera de la armadura. El primer cuerpo, con tres vanos de dimensiones similares, tiene marcos rectos resaltados; el vano central está enmarcado por pilastras que lo separan y lo dividen en tres calles.



Máquina de la antigua fábrica. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.



Zona realizada posteriormente. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.



Fachada actual. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.



Fachada del cuerpo principal, hoy tapiada. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.

En el segundo se aprecia, al centro, una ventana con marco mixtilíneo y, a los lados, una ventana con marco recto.

En general, el inmueble está en condiciones aceptables aunque no ha tenido un mantenimiento regular por falta de recursos económicos. Por esta misma razón, tampoco se ha restaurado la nave oriente.

Junto al conjunto, hacia el poniente, se conservan tres de las casas construidas para los trabajadores de la fábrica, que siguen utilizándose como habitación. Son viviendas sencillas, de un nivel, cuyas armónicas fachadas, pintadas de diferente color, tienen balcones enrejados rematados por capelos. Probablemente fueron ocupadas por trabajadores con cierta jerarquía, como el administrador, y no precisamente por obreros, quienes seguramente vivían en las vecindades del barrio.

Es necesario dar a conocer este tipo de instalaciones, en particular este monumento histórico que presenta características tan especiales. Con ello se contribuye, de alguna manera, a conservarlo y tal vez se pueda recaudar fondos para su restauración integral.



Casas de los trabajadores. Fotografía: Carlos Segura Martínez, junio de 1999.

Como última reflexión, considero que esta antigua fábrica tiene grandes cualidades. Es un valioso testimonio de la arquitectura industrial de su época que, por su sencillez, no ha sido valorada en su verdadera dimensión. Es importante destacar el uso cultural que tiene como museo de sitio prehispanico y como centro de formación musical. Como valor agregado tiene, además, la labor social de la escuela, cuyo único requisito de entrada es ser mayor de 10 años, lo que constituye una oportunidad más de educación, por un costo simbólico.